

Aleluya: La Alegría de la Pascua

Homilía de Domingo de Resurrección en la Catedral St. Paul, 2014

Génesis 1,1-2,2; Génesis 22,1-18; Éxodo 14,15-15,1; Isaías 54,5-14; Isaías 55,1-11; Baruc 3,9-15, 32-4,4; Ezequiel 36,16-17a, 18-28; Romanos 6,3-11; Lucas 24,1-12

Reverendísimo Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

¡La paz sea con ustedes! ¡Cantamos “Aleluya,” una expresión hebrea de alegría infinita e interminable! Lo hacemos para enaltecer en nuestros corazones la gran exaltación de Jesús – que es Dios – trayendo la resurrección de Dios a todos y cada uno de nosotros.

Sin embargo, también sabemos que cuando salgamos de esta Vigilia entraremos de nuevo a un mundo todavía fracturado y maltratado por el pecado de violencia, conflictos, pobreza e injusticia – especialmente hacia los inmigrantes.

¿Cómo nuestro canto de “Aleluya” es una verdadera respuesta a la obscuridad que nos rodea? Fue un filósofo judío alemán de la Escuela Frankfurter – Theodor Adorno – quien finalmente llegó al conocimiento de que si alguna vez habría verdadera justicia en el mundo, ésta debería ser para todo el tiempo y todos los lugares – actual y retroactiva – y fue nuestro propio Santo Padre el Papa Benedicto XVI quien conectó este conocimiento de Theodor Adorno de justicia retroactiva a la resurrección Pascual.

¡Cristo ha resucitado! ¡Hay justicia en el mundo! Y esa justicia no sólo se limita al aquí y ahora de un construir hoy para un mejor mañana. ¡Es una justicia que retroactivamente sana el daño del pasado porque esta justicia está arraigada en un Dios que ES amor!

Como Dios es amor él no permite que ninguna fuente de dolor o sufrimiento se filtre inadvertida en el pasado. Aunque él no la supera o la conquista con violencia. No. Como todo un Dios compasivo, Jesús entra en el interior de la injusticia – él la rescata y la redime. En Jesús, el hecho de perdón de Dios de la muerte tortuosa en la cruz supera el mal y la injusticia.

¿Cómo podemos tocar este divino amor que Jesús – como Dios – nos trae en su resucitación de la muerte? Yo creo que la clave interpretativa se encuentra en nuestra segunda lectura según San Pablo en la Carta a los Romanos: “¿Cómo podrían ignorar este punto? Los que fuimos sumergidos por el bautismo en Cristo Jesús, fuimos sumergidos con él para participar de su muerte. Pues por el bautismo, fuimos sepultados junto con Cristo para compartir su muerte, y así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros hemos de caminar en una vida nueva.” (Romanos 6, 3-4)

Lo que San Pablo nos está diciendo es que unamos nuestros sufrimientos a los sufrimientos de Cristo. Unamos nuestra injusticia a la injusticia de la cruz. Unamos nuestra muerte a la muerte de Cristo. Al hacerlo nos unimos a su resurrección a la nueva vida. Al hacerlo ya no sufrimos solos, no vivimos solos y no morimos solos. Esta es la esencia de nuestra vida sacramental como Iglesia.

Nuestra palabra nos une a Cristo esta noche – y esa palabra es “Aleluya.” Por lo tanto, cuando la vida sea difícil, cuando el mundo parezca tan severo, y cuando nos sintamos desanimados por nuestros pecados, resolvamos estar cerca a esta sola palabra de oración Pascual: Aleluya –enraizándonos constantemente en nuestro Dios que es amor. ¡La paz sea con ustedes!